



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Concesión de la medalla de la
Universitat de València a Francisco
Bosch Reig

Discurso de aceptación

Valencia, 17 de junio de 2011

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL DR. FRANCISCO BOSCH REIG

Magco. y Exmo. Sr. Rector de la Univ. de Valencia
Miembros de la comunidad universitaria
Señoras y Señores.

Estos momentos me recuerdan al ejercicio de auto-bombo de las antiguas oposiciones, donde el opositor exponía sus méritos al Tribunal con todo lujo de detalles. Yo lo odiaba, pues jamás me ha gustado hablar en primera persona, y menos de los supuestos méritos de los que teóricamente soy poseedor. Así que hoy lo tengo difícil. Procuraré salir del paso con sentido común, si es que lo encuentro. De lo contrario perdonen los excesos.

En primer lugar y antes que me olvide en el fragor de las palabras, deseo dar las gracias más sinceras y expresivas a la Universidad de Valencia por el inmenso honor que me otorga al concederme esta Medalla que llevare en el corazón hasta el fin de todo.

Soy totalmente consciente de que “mi tiempo ya pasó”, ¡hace tiempo que pasó! Por ello mi agradecimiento posee un plus de sinceridad, destinado a aquellas personas que por activa o por pasiva, han hecho posible este momento.

A todos y a cada uno de los compañeros del Departamento de Química Analítica por desempolvar viejas historias y considerarlas de cierta relevancia. A la Junta de la Facultad de Químicas al hacerlas suyas y primar aquellos momentos. Al Consejo de Gobierno de la Universidad de Valencia por su benevolencia al juzgar los supuestos méritos como merecedores de tan alto honor, y más siendo conscientes, como estoy seguro que así habrá sido, del espléndido historial de muchos compañeros que cuanto menos han hecho lo que yo. Al Rector de la Universidad de Valencia, persona justa y equilibrada cuanto menos hasta hoy. A todos aquellos, desconocidos por mí, que en algún momento de los casi cuarenta años de estancia en esta Universidad se toparon conmigo y pensaron que era una buena decisión el apoyarme con su voto. Y cómo no, al profesor Manolo Costa por su benevolencia al jugar mi currículum, donde se nota claramente que ha primado la amistad sobre cualquier otra cosa. A todos ellos muchas gracias.

Cada uno es lo que es, por sí mismo y especialmente por “sus circunstancias”. Éstas han sido decisivas en mi caminar por la Universidad.

Como alumno de Químicas, tuve la inmensa suerte de coincidir con un grupo de profesores de grandes cualidades docentes, ellos me enseñaron muchos de los conocimientos que posteriormente siempre he tratado de transmitir. Recuerdo con sumo cariño a esos maestros, como los doctores Català, Senent, Fernández Alonso, Beltrán, Costa, Viguera y en especial al Dr. Bosch mi padre, ellos con su ejemplo me mostraron algo que siempre he intentado imitar, como es la trascendente importancia que tiene la docencia en la formación del universitario.

La mayor parte de lo que se ha dicho aquí, corresponde como es de rigor a mi etapa como profesor de la Universidad de Valencia, así pues trataré a partir de ahora no repetirme y matizar simplemente algunas de las situaciones que más intensamente han influido en mi largo caminar.

Una vez incorporado en 1976 a la Universidad de Valencia como Catedrático, después de una estancia de medio año en la Universidad Autónoma de Barcelona, comencé una ilusionante actividad en las aulas y en el laboratorio que esperaba durara hasta mi jubilación. Poco tiempo después se inició el mecanismo legalmente establecido por entonces, para la elección del primer Decano de la nueva Facultad de Químicas, una de las cuatro que nacieron de la desaparecida Facultad de Ciencias. En aquella época la elección a Decano era considerada por muchos movimientos universitarios como un eslabón básico en la lucha de poderes dentro y fuera de la Universidad.

En ese contexto, una tarde me encontraba trabajando en el Laboratorio de Análisis Cuantitativo de la antigua Facultad de Ciencias, situado entonces en el mismo lugar del actual despacho del Rector, cuando se presentaron dos profesores no numerarios, hoy Catedráticos de Universidad, y me ofrecieron su total apoyo y el de su estamento en las inmediatas elecciones a Decano. Mi respuesta fue negativa, razonada sobre la base de que yo me había incorporado a la Universidad para dar clases e investigar ¡ambas actividades eran mi gran y única ilusión!, y que por ellas, había dejado una actividad profesional que me encantaba, y además mucho mejor remunerada, ¡muchísimo mejor! Mi respuesta fue clara y tajante.

Pero entonces comenzaron a actuar “mis circunstancias”, esas que siempre me han acompañado como universitario. Los mencionados profesores me contestaron, que ellos ya lo habían decidido y que me iban a votar independientemente de mi presentación formal a la elección, y si después no quería seguir, que dimitiese. De tal guisa comenzó mi etapa como “autoridad académica”, etapa que duró unos diez años.

Durante ese periodo se sucedieron una serie de acontecimientos que marcaron la vida ciudadana y universitaria: Referéndum de la Constitución, sucesivos gobiernos de UCD y del PSOE, un Golpe de Estado, crecientes manifestaciones estudiantiles reprimidas duramente por la policía, ocupación durante días de algunos centros universitarios entre ellos la Facultad de Química, y paralelamente a lo que ocurría en la calle, la guerra de las banderas alcanzó su cenit en las Facultades de Burjassot.

Sumado a todo aquello y desde el punto estrictamente universitario, en el Congreso de los Diputados se discutieron y no se aprobaron varios borradores de leyes para la reforma universitaria. Ello significaba, aunque ahora parezca imposible imaginar, que la Universidad Española carecía en la práctica de leyes y normas, pues las vigentes se cumplían a medias. Así, la Junta de Gobierno de la Universidad de Valencia asumió durante un largo periodo “el papel legislativo entre comillas”, para resolver los problemas que permanentemente se presentaban.

Quiero en estos momentos resaltar la trascendental actividad que desempeñaron entonces los componentes de aquellas Juntas de Gobierno formadas especialmente por los Decanos y los miembros de los equipos rectorales, presididos durante un dilatado periodo por el Rector Colomer. Su comportamiento inequívocamente

universitario, permitió el normal funcionamiento de la Universidad de Valencia durante aquel largo periodo.

Recuerdo de aquellas Juntas de Gobierno, su longeva duración pues tenían hora de inicio pero carecían de hora terminio. Todos los presentes, sin excepción nos manteníamos firmes hasta el agotamiento, lo cual se trataba de suavizar con cafés y bocadillos adquiridos en los bares de las cercanías, o paseando por la galería superior del claustro universitario. Aún hoy en día, mantengo la imagen de entonces como un legado del mejor de los recuerdos, las tranquilas caminatas que me daba acompañando a dos de las personalidades más admiradas por mí en aquel entonces, los doctores Sanchis Guarner y Fernando Montero ambos respectivamente decanos de las Facultades de Filología y Filosofía. Los dos poseedores, aparte de los conocimientos propios de su especialidad, de una inmensa cultura musical, de la que hablaban con vehemencia y yo en mi ignorancia, escuchaba religiosamente.

Durante aquellos siete años, la Facultad de Químicas funcionó con un sistema de representación en la que participaban todos los estamentos: profesores numerarios y no numerarios, alumnos y personal de administración y servicios. A todos ellos gracias infinitas y en especial a los V-Decanos de entonces Profesores Agustín Escardino y Paco Tomás, de los que aprendí a moverme en la sutil política universitaria.

Otro de los acontecimientos, que por circunstancias de la vida me tocó ser espectador, y que igualmente me marcó como universitario, tuvo lugar cierto 23 de febrero. Cuando casi anochece y se oía por la radio el texto del toque de queda del Capitán General Milans del Bosch, conminando a dejar de circular por la calle a partir de las nueve de la noche, momento también, en el que los tanques ya circulaban por la ciudad. Y cuando nos disponíamos a cerrar la Facultad de Químicas los profesores Medina, Escardino y yo mismo, recuerdo con toda claridad que en ese momento en lo único que pensé, fue en el contenido de la clase que el día siguiente tenía que impartir, y que evidentemente no había podido preparar.

Muchas veces a lo largo de mi vida he pensado en aquello, y siempre llegué a la incierta conclusión de que el instinto académico y universitario había emergido sobre cualquier otra circunstancia.

Siguiendo el hilo de ese pensamiento, me van a permitir, que divague unos minutos sobre la Universidad como ente público.

¿Cuántas veces se ha tratado de clarificar cual es la misión de la Universidad en la sociedad? Muchas, desgraciadamente algunas sesgadas por otros intereses especialmente políticos.

Personalmente la definición que siempre me sedujo, es la de "Transmitir el conocimiento", conocimiento que en cualquier momento de la historia, se resume en todo el inmenso bagaje de experiencia generado en etapas anteriores, sumado a las nuevas ideas producidas en el presente con el estudio y la investigación.

En el contexto actual, ello se traduce en las dos actividades básicas que desarrolla la Universidad: investigación y docencia.

Para el profesor universitario la Investigación está claramente estructurada especialmente en su valoración, pues es la que más prima a la hora de la catalogación de su nivel como universitario, siendo además prioritaria para definir el grado de excelencia, tanto personal, como la referente a su Área de Conocimiento, Facultad, Centro o Universidad. Ello ha llevado a decantar los mayores esfuerzos individuales, colectivos y económicos hacia esa actividad. Llegando en ocasiones a pensar que sólo somos investigadores, o lo que es peor, que sólo vale la pena investigar. Olvidándonos en ocasiones que investigamos, entre otras cosas y especialmente, para aprender y formarnos.

Llegado este momento, sólo me resta acordarme de aquellos profesores de mi etapa de estudiante, y pensar que todos los compañeros de aquella época, los catalogábamos en buenos o menos buenos en función básicamente del contenido, claridad y capacidad de exposición de sus clases, y algunos, los mejores, eran nuestros maestros, que con el paso del tiempo, siempre son recordados como tales.

Son muchos, y digo muchos porque conozco a bastantes, los profesores que ahora en esta Universidad, ejercen su docencia como la he descrito, y que desgraciadamente no aparecen en ningún “anuario de excelencia”, a ellos quiero dedicar estas pobres palabras de reconocimiento, ellos son una parte trascendente de la Universidad.

Después de las elecciones generales de 1982, se aprobó por fin una ley universitaria (la LRU), que nos dejó esperanzados, aunque tan solo fuese por la existencia de unas normas de obligado cumplimiento. Llegó el momento de la formación de los Claustros Constituyentes, la aprobación de los Estatutos de la Universidad y las elecciones a Rector. Pensé que ese era el momento para dejar la política universitaria y dedicarme exclusivamente a lo que siempre había sido mi vocación.

Pero “mis circunstancias” se impusieron otra vez sobre lo razonable. Y fueron los penenes, los mismos que en su día me convencieron en la elección a decano, los que ahora me razonaron la conveniencia de mi presencia en todo el proceso que se avecinaba.

Y así comenzó una nueva etapa, con la elección del Prof. Lapiedra como Rector y mi presencia como V-Rector de Ordenación Académica, Administración y Servicios en el equipo que debía aplicar y desarrollar los preceptos de la LRU.

Intuyo, que la distinción que ahora se me otorga se sustenta en las actividades desarrolladas en aquella etapa especialmente crucial para la Universidad. De lo acontecido en aquel entonces siempre he guardado un respetuoso silencio tanto en público como en privado. Aquello marcó mi vida y muchas de sus vivencias continúan siendo personales.

La masiva y creciente afluencia de estudiantes a las aulas universitarias, unida a la obsoleta estructura del profesorado titular, había ocasionado la incorporación masiva de profesorado con contratos muy precarios.

En el momento que estamos comentando, en muchos Centros de la Universidad de Valencia la docencia impartida en el ámbito teórico por este profesorado era superior al 50%, y la enseñanza a nivel de prácticas y laboratorios, era de hecho del 100%. Con esos datos el problema carecía de solución con la estructura universitaria vigente, ello justifica la enorme esperanza que representó para muchos profesores no numerarios la puesta en funcionamiento de la Ley de Reforma Universitaria

El rector Lapiedra y su equipo asumieron el reto como tarea prioritaria el tratar de aliviar en lo posible aquella situación insostenible. Además, como problema añadido, la Universidad vivía en precario, ya que el Claustro Constituyente formalizado inicialmente para el gobierno de la Universidad, había comenzado sus sesiones, con el objetivo preferente de redactar y aprobar los nuevos Estatutos, y así parecía que los otros problemas quedaban a la espera. Realmente no fue así.

Sean ahora mis recuerdos y mi agradecimiento a los componentes de aquel equipo peleón, aguerrido y entrañable que cargó sobre sus hombros un trabajo que, en condiciones normales, requería cuanto menos una década para su conclusión: ellos fueron Emerit Bono, Sergio Sevilla, Joaquín Donat, Isabel Morant, Josep Guía, Martínez Andreu y Vicente Fayos. Ellos son realmente los merecedores de los honores que la Universidad me otorga hoy.

Fueron dos años intensos, duros, con un trabajo a realizar permanentemente inacabado, sin posibilidad alguna de terminar la tarea por la que estábamos allí. Personalmente mi vida cambió radicalmente, pasé sin darme cuenta, del equilibrio de un quehacer ordenado. Al “salto de mata” permanente según los vientos. La primera actividad del día era dar mi clase en la Facultad de Químicas en el horario más temprano posible y más tarde trasladarme a este entrañable edificio universitario de la calle de la nave, mi verdadero hogar por aquel entonces, con una agenda por delante llena de sorpresas sin intuir cual sería el final.

Mi despacho era un continuo trasiego de profesores planteando problemas relativos a su posible participación en los concursos públicos que se estaban programando. Era tal el ambiente de actividad que se respiraba constantemente, que en cierta ocasión, se presentó en mi despacho la responsable del gabinete del V-Rectorado y me dijo unas palabras que siempre recordare: ¡D. Paco, yo no puedo más, este desorden rompe todos mis esquemas administrativos, Ud. no puede recibir a cualquier persona que se presente aquí sin previa petición de hora!. Me quedé mirándole sin saber qué contestar pues no me esperaba una cosa así. Nos sentamos a charlar, ella me explicó con todo detalle lo que pensaba, yo le hablé del problema en el que estaba metido y así lo entendió, ¡desde ese momento, la situación permaneció como estaba! De las personas de aquel gabinete, especialmente de Mari Nieves y María Jesús, guardo un gratísimo recuerdo por su total y absoluta dedicación y espectacular profesionalidad.

Años después pensando en aquella época, quedan preferentemente grabadas curiosidades como las que se sucedían casi diariamente, después de una jornada de trabajo de innumerables horas: como eran las nocturnas caminatas con el Rector Lapiedra de regreso a casa hablando de los problemas del día, él en un perfecto valenciano y yo luchando con mis evidentes imperfecciones lingüísticas. Él fue mi profesor de idiomas durante aquel periodo.

Investigación, palabra clave en el mundo científico y por ende en la Universidad, sin ella eres bien poco y con ella puedes serlo todo. Sabemos y somos conscientes de la enorme y decisiva trascendencia que actualmente se le da a las publicaciones en revistas internacionales, previamente catalogadas con el cuño de excelencia. Prácticamente de estos hechos comienza en cascada a emerger una serie de parámetros que te cataloga como profesor, y tu calidad se refleja en la bondad de tu Área de Conocimiento y por tanto finalmente, eres un dígito más en el grado de excelencia de tu Universidad.

Esto es así, y actualmente existe un reconocimiento general en el ámbito científico de que las cosas deben seguir por ese camino. Pero la investigación es algo más, bastante más, que esa parafernalia actual de números y dígitos, que tanto depende a nivel personal del entorno científico, en el que uno haya tenido la suerte o la desgracia de desarrollar su actividad.

La investigación, independientemente de la bondad de sus resultados, es trabajo y más trabajo; perseverancia hasta el cansancio físico; comprobación de cualquier información dudosa; crítico con tus propios resultados; total comportamiento ético sin el cual no somos nada, y un largo larguísimo etc. Lo que estamos realmente haciendo con tanto esfuerzo, es además de ser un número sumador para tí y para tu Universidad, formarnos como profesores, formación que no acaba nunca y que sirve para que, a los que tú enseñarás, en el futuro sean mejores que uno mismo. Eso entiendo yo, es uno de los objetivos prioritarios de la Investigación.

Yo soy de los que han tenido la suerte de trabajar codo con codo con compañeros cuyo esfuerzo ha sido decisivo en la culminación mi actividad científica, de ellos aprendí mucho de lo que sé, como de Vicente Peris, J.Vicente Gimeno, Pilar Campins y tantos otros que me han hecho mejor de lo que era al inicio.

Mis fuentes para el trabajo científico, además del estudio, han sido mi permanente curiosidad por todo lo que se mueve, el intentar razonar la inexplicable, el mantenerse siempre alerta para preguntarse seguidamente ¿por qué? , y como no, mi continua relación con los problemas industriales y medioambientales, Esta relación ha sido en ocasiones la base de todo un programa científico de larga duración, como es el caso del que más trascendencia me ha dado en mi quehacer científico: el desarrollo de un método de análisis, mediante el cual se eliminan las interferencias desconocidas utilizando técnicas espectroscópicas, titulado "Método del Punto H".

No se preocupen, pues no voy a explicar nada más sobre su contenido, aunque sí indicaré de donde vino la inspiración. Todo comenzó con unos pantalones vaqueros. El químico responsable de una conocida fábrica de ese tipo de prendas, me planteó el problema de determinar el porcentaje de cada uno de los colorantes utilizados en la tinción del tejido, pues el resultado final había sido un color no previsto. El verdadero problema para mí, como analista, fue que los colorantes utilizados eran el negro y el azul oscuro, ambos de estructuras moleculares muy similares. Ante la imposibilidad de diferenciarlos químicamente, se tuvo que idear otros caminos que dieron como fruto el citado Método, hoy utilizado habitualmente en la resolución de algunos problemas analíticos.

Mi última etapa en la Universidad se desarrolló como Presidente del Tribunal de Greuges, actividad que inicié sin demasiado entusiasmo, y que sin embargo fue, una de las que me ha producido más satisfacciones en mi quehacer académico. Cuando el Rector Pedro Ruiz me propuso presentarme al Claustro para la elección de Presidente realmente me lo pensé. Después siempre, le he estado muy agradecido por haber insistido en aquella propuesta. Ese Tribunal, hoy sustituido por un Síndico, nos permitió a sus componentes conocer más íntimamente las bondades y recovecos, la razón y sin razón, de la comunidad universitaria. Los problemas que se presentaban eran en definitiva un reflejo de lo que realmente somos. Siempre es bueno, diría yo óptimo, el conocer la verdad en toda su dimensión. Solo así se puede enmendar y corregir. Solo así se puede ser mejor de lo que éramos inicialmente.

Durante los cinco años de permanencia en el cargo tuve la enorme satisfacción de conocer a un grupo de personas, miembros del Tribunal, de una enorme calidad humana y profesional que antepusieron siempre, y repito ¡siempre!, el bien y la dignidad de la institución universitaria, a los teóricos intereses del estamento que los habían elegido. Ellos fueron un ejemplo para mí, a los que estaré siempre reconocido, gracias Pedro Talavera, Míla San Luis, Zulima Pérez, así como a Yaqui, ordenando en lo posible mi desorden habitual. No quiero olvidar a los equipos rectorales de entonces con los rectores Ruiz y Tomás a la cabeza, que supieron dar ejemplo institucional aceptando las propuestas del Tribunal sobre temas que alteraban en ocasiones sus propias decisiones.

Me vais a permitir por último, que recuerde hoy y ahora a las personas que han marcado mi vida.

Mis padres: Francisco y Amparo por haberme inculcado el amor al trabajo.

Mis hermanos: Amparo, Carmen, Mariano, J. Luís, Elvira, Consuelo, Ignacio y Vicente, por hacer suyos mis luces y mis sombras.

Mis hijos: María, Francisco, Chimo y Mariano por justificar mi paso por la vida.

Y por último a Pura mi mujer y compañera, pues sin ella yo sería otra cosa, evidentemente peor.

Con esto termino, agradeciendo a todos Uds., su paciencia.